

EL Papa ha retrasado su viaje a la «católica» España. Antes viajó en Europa a la tradicional Irlanda y a la combativa Polonia; y más tarde a la «cristianísima» Francia, y a la «luterana» Alemania del Oeste.

Pero España, la elegida del Sagrado Corazón, según se aseguraba en tiempo franquista, ha sido pospuesta en estos programas viajeros del Papa Wojtyła.

Después de haber dicho officiosamente Roma que en octubre vendría Juan Pablo II a nuestro país, han surgido las dudas. Se ha hablado incluso de un viaje rápido en esa fecha y otro más reposado al año siguiente. Las cábalas y comentarios abundan; pero en el último viaje del flamante nuevo presidente de la Conferencia Episcopal, monseñor Díaz Merchán, con su palabra fácil ha dicho que con el Papa había hablado del «viaje a España». Y para tranquilizar a los suspicaces afirmó: «la cosa está en buen punto». Pero todo no está tan claro como ha informado hasta ahora la Prensa, porque él mismo ha añadido: «no son verdaderos todos esos programas que algunos periódicos lanzan a la calle: todos son borradores». Se deduce así de sus palabras que algo ha pasado en Roma, para que las cosas no estén tan claras como lo estaban en relación con otros viajes a países aparentemente menos católicos que el nuestro.

Para complicar más las cosas, 300 sacerdotes de nuestro castigado y empobrecido Sur han protestado por este viaje que tendrá muy probablemente el aire triunfal y costoso de otros periplos papales, y les parece a estos sacerdotes de la Misión Sur poco en consonancia con la sencillez evangélica de un representante o vicario de Cristo.

No olvidemos, sin embargo, que Juan Pablo II es ante todo un líder popular (mejor diríamos: populista) porque maneja con habilidad psicológica las masas. Parece que se ha leído el antiguo, pero todavía vigente trabajo del especialista Gustavo Le Bon, llamado con expresivo nombre «*La psicología de las multitudes*», porque aplica todos sus consejos y observaciones siempre que va de viaje triunfal por estos países de Europa, o de fuera de nuestro Continente (véase lo que ocurrió en México, Norteamérica o Filipinas) Lo que es dudoso es si este liderazgo populista tiene algo que ver con el Evangelio. Precisamente hace pocos días en una Mesa Redonda que se celebró en Madrid sobre «*Los cambios de la Iglesia*», un joven católico me preguntaba lo mismo que aquí cuestiono, y lo hacía a la luz del

LA POLEMICA DEL VIAJE DEL PAPA

ENRIQUE MIRET MAGDALENA

mensaje que Jesús dio en la Palestina de hace 20 siglos, adoptando una actitud muy diferente de la que usa nuestro Papa.

Yo no sé lo que pensarán los polacos, pero entre nosotros existe siempre la duda y la divergencia sobre el sentido de estos viajes. Es cierto que una parte del pueblo español vibrará ante un viaje del Papa a España: porque somos muy dados a la emotividad contagiosa, y a impresionarnos con el liderazgo habil y sensiblero. Otros, en cambio, los que tenemos una nueva mentalidad, creyente o no, que está abierta a nuevas posturas más liberales y democráticas, difícilmente entendemos este ambiguo viaje a un país como el nuestro, que se encuentra en un momento crucial, y que no parece vaya a beneficiar en nada una posible salida de sus problemas. Creemos —por unas razones o por otras— que este viaje debía hacerse de modo muy distinto.

La otra noche, cenando un grupo de amigos con el dimisionario presidente Tarancón, le oímos algunos detalles curiosos sobre este desplazamiento del Papa. La primera vez que, hace unos meses, fue una representación episcopal a Roma a presentar un proyecto de visitas por diferentes lugares de nuestro país, observó la Secretaría de Estado vaticana que faltaba en el programa el País Vasco, y les indicó a los obispos españoles ese fallo para que lo rectificaran. Nuestros preladados parece ser que ni habían pensado en ello, a pesar de la fuerte tradición católica que ha existido en Euskadi. Y los burócratas de la Santa Sede, más perspicaces que los nuestros, insinuaron Loyola como símbolo de la fuerte figura de San Ignacio: un militar convertido a la paz; y tan batallador antes en la guerra, como después lo fue pacíficamente en la Iglesia. Parece, entonces, que el Papa tendría interés en tomar esa ocasión de la visita al País Vasco para hablar —como hizo en Irlanda— contra el terrorismo político.

Un poco asustados los obispos españoles, enseguida propusieron com-

pensar la entrada del Papa en Guipúzcoa con una visita del mismo al tradicional y conservador Santuario de Javier: parece así una de cal y otra de arena, en la cual son maestros nuestro preladados.

Al final no sabemos lo que hará el Papa, porque a los obispos españoles no se les hace en Roma mucho caso. La situación del ex presidente Tarancón era ya difícil últimamente en los altos dicasterios que rigen la política extranjera de la Iglesia católico-romana. Pasó de un primer estreno brillante hace años, con una intervención inteligente de nuestro arzobispo, que gustó grandemente a los representantes episcopales de todo el mundo reunidos en el Sínodo Mundial, a ir poco a poco bajando la cotización entre los conservadores oficiales vaticanos. Porque parecía demasiado abierto para los aires que circulaban por la Roma «polaquista». La prudente y tolerante actitud de don Vicente con el divorcio civil no agradó en las máximas alturas eclesiásticas; y ya casi sin influencia dejó definitivamente el cargo y dio paso a otro compañero que acaba de coger la difícil batuta de la Conferencia Episcopal, monseñor Díaz Merchán.

Tarancón es una personalidad, sin duda, con un talante moderadamente abierto, claramente inteligente y con hábiles costumbres diplomáticas. Tenía muchos enemigos (sobre todo en el franquismo), pero su valía era evidente; aunque los diferentes avatares de su vida, durante el Gobierno de Franco y después de él, lo hicieron excesivamente cauto y dubitativo a la hora de adoptar una actitud clara y firme, que tan necesaria hubiera sido para la España democrática y para la Iglesia española en cambio.

El resto de los obispos españoles, por lo general, tienen menos personalidad. No están a la altura ni intelectual, ni pastoral de otros episcopados como el alemán o el francés. Y esto les hace demasiado complacientes y oportunistas con los vientos que soplan, sobre todo si estos vientos son políticos. De ahí la característica pro-

clividad a la UCD de nuestros preladados, y particularmente del grupo demócrata-cristiano que hay en este partido, muchos de cuyos participantes fueron hijos sumisos de la Iglesia oficial, a través de las organizaciones católicas que dirigieron o a las que pertenecieron activamente hace unos años.

Por otro lado este criterio bastante pasivo de nuestros obispos, les lleva a preocuparse preferentemente de problemas legalistas exteriores (ley civil del divorcio, subvención económica a los colegios religiosos, impuesto religioso) y muy poco de los problemas de fondo del país, y —en particular— de los graves problemas de alejamiento religioso de muchos estamentos políticos, intelectuales y juveniles. Siguen pensando poco más o menos como en el franquismo, pero bajo denominación democrática y a veces hasta verbalmente socialista. No tienen bastante arranque, como se demostró el día del golpe de Estado cuando huyeron rápidamente a sus casas (o a las de algunos amigos, pues la suya no les pareció a algunos bastante segura), sin preocuparse de la angustia que padecimos los españoles ante aquel inaudito espectáculo que ocurrió en nuestras Cortes.

En sus diócesis no gobiernan, en general, ni para bien ni para mal. Aún los más conservadores han perdido muchas veces su autoridad moral y nadie —ni los curas siquiera— les hace caso. En una palabra: nuestra Iglesia española está disgregándose; y lo está haciendo sin pena ni gloria.

Y a Juan Pablo II esto no le gusta. El, que viene de un mundo batallador, con un catolicismo que se concentra como un ejército en orden de batalla, bajo el mando de unos oficiales eclesiásticos al frente del pueblo, viviendo éste la defensa de los valores cristianos, no puede entender esta incuria y dejadez de nuestro episcopado. Porque los nuestros no son ni avanzados ni retrógados; parecen más bien los famosos tibios del Apocalipsis, de los cuales dice Yahvé, por boca de San Juan: «los vomitaré de mi boca, porque no son fríos ni calientes».

La información que tiene el Papa de España dicen algunos que le viene de un monseñor polaco que vive desde hace años en nuestro país, y que ve las cosas con el prisma del tan diferente catolicismo de su nación, igual que hace en general con el Gobierno de la Iglesia Juan Pablo II, a la que aplica el modelo polaco y no acierta.

Yo me conformaría, sin embargo, —y creo que otros muchos españoles— con que por lo menos nuestros obispos fueran como los polacos, salvando las distancias entre un país y otro; y esto a pesar de la posible crítica que de aquellos obispos pueda hacerse. Ellos están en Polonia en estrecho contacto con el pueblo, mejor dicho: son del pueblo; y nunca se han desligado ni separado de él. Es una Iglesia cuya estructura resulta al revés que la nuestra: aquí tradicionalmente la pirámide ha sido gobernada en su base por la cúspide, sin más participación. Y ahora que esto resulta ya más

difícil, continúa la pirámide clerical española actuando en el vacío, pero sin cambiar su estructura formal.

A mí me gusta la vitalidad del Papa; pero no su política conservadora, ni su forma de gobernar en plan de líder populista, más que de un sencillo seguidor del Evangelio. Pero tengo que confesar también que tampoco me gustan nuestros obispos, con su lentísima parsimonia para decidir en situaciones importantes del país (léase la tardanza en hablar del «tejerazo», o el retraso en decir algo contra la violencia política de arriba o de abajo, o para preocuparse eficazmente de la decadente religiosidad de nuestra sociedad en vez de querer seguir poniendo barreras exteriores para que el baluarte eclesiástico de siempre no se hunda).

A diferencia de como se preocupan los obispos polacos por cómo está su país, y hablan así de la difícil situación de Polonia «pidiendo el necesario esfuerzo de todas las capas sociales» para «garantizar la institución del Estado y la inviolabilidad de su existencia soberana» y «vincular los principios de la moral y de la economía». Y propugnan valientemente que «solucionemos solos nuestros problemas», fomentando en todos los dirigentes religiosos o no religiosos, eclesiásticos y civiles «la conciencia de la responsabilidad ante el pueblo», sin tener que acudir a dominios extranjeros sean los que fueren.

Por todo ello no veo con claridad el viaje del Papa, ni su sentido para nuestro país. ■ E. M. M.

